

Moshe Lewin: *La formation du système soviétique*.
Bibliothèque des historiens,
Gallimard, Paris, 1987.

Este libro, de uno de los más grandes exponentes de la corriente "revisionista" de interpretación de la realidad soviética, constituye, sin lugar a dudas, una de las obras más significativas y profundas del estudio de la Unión Soviética, imprescindible para cualquier persona que desee tomar conocimiento de la experiencia histórica de la URSS. Lewin es uno de los pocos investigadores occidentales que ha dedicado parte importante de su vida y de su obra al estudio de la historia social de la URSS (1). El libro que aquí reseñamos podemos calificarlo como su más grande aporte en la medida en que en él explora de manera minuciosa la conformación del tejido social de la URSS y sus repercusiones en la política en un período de gran con-

vulsión: 1917-1941. La atención se centra de manera especial en los elementos sociales formativos y modeladores del stalinismo.

Este trabajo posee un par de peculiaridades: es una recopilación de artículos del autor que, a diferencia de la mayoría de estas selecciones, posee una gran unidad temática, espacial y temporal. En este sentido, el libro se lee como un todo y no como una multitud de fragmentos sobre diversos tópicos de interés histórico. La otra característica de este trabajo es que se apoya fundamentalmente en fuentes y escritos soviéticos (sus referencias a los autores occidentales son esporádicas). En este sentido, reviste especial interés el hecho de que Lewin demuestra — sin hacer alusiones concretas a esto— que en la historiografía soviética han coexistido y coexisten diversas interpretaciones —muchas veces contradictorias— sobre aspectos particulares de la vida soviética. Es decir, el aparente "monolitismo" ideológico e interpretativo de la academia soviética, que nos han intentado mostrar los especialistas occidentales, no correspondería para nada con la realidad.

Dentro de los aspectos que más llaman la atención de este trabajo se ubica la revaluación de la experiencia soviética y la crítica demoledora a las interpretaciones tradicionales. No tan sólo muestra el entorno en que han nacido estas corrientes (competición y hostilidad con los EE.UU., la "revolución cultural" china que en algún momen-

to se pensó que sería un intento de respuesta a la experiencia soviética y las veleidades de los intelectuales parisinos "que se interesan ante todo en sí mismos") sino además los vacíos en sus explicaciones que han reposado casi únicamente en lo político e institucional.

Con su trabajo Lewin ha pretendido rebatir los postulados de la "escuela totalitaria". Desde los años cincuenta los estudios soviéticos en Occidente han estado dominados por los sostenedores de las tesis del "totalitarismo". A través de esta noción se ha pretendido demostrar que los procesos históricos en la Unión Soviética se han originado por la existencia de un partido *totalitario* (el partido bolchevique), portador de una ideología autoritaria (el marxismo-leninismo), que, a través de un golpe de Estado (revolución de octubre) se emparentó del poder, se fusionó con el Estado y mediante el ejercicio desmedido de la violencia desarticuló la economía, ahogó la "sociedad civil", y culminó en una de las más despoticas dictaduras.

La importancia del análisis de Lewin es que se cuestiona íntegramente este proceder y demuestra que la simbiosis entre la sociedad civil y el Estado siempre ha existido en la URSS y ha sido esta sociedad la que en buena medida ha modelado al Estado y se ha proyectado en las formas de hacer política. Lo que ocurrió en la primera mitad del presente siglo fue que la sociedad civil rusa existía bajo una morfología diferente en la cual el elemento campesino constituía

1. *Les paysans et la collectivisation 1927-1929*, Mouton, París, 1966 y *La grande mutation soviétique*, la Decouverte, París, 1989.

su armazón. Es decir, el hecho de que no fuera una "sociedad civil" a la occidental no significa que no existiera, ni menos aún que estuviese "ahogada" por el poder político.

El campesinado (más del 80% de la población en la década de los veinte) con sus tradiciones, sus formas naturales de solidaridad y con su espíritu igualitario (aproximadamente el 95% de la tierra pasó a manos de las comunidades —*obschinas*— en los años inmediatamente posteriores a la revolución) fue el único grupo social que logró sobrevivir a todos los trastornos (Primera Guerra Mundial, revoluciones, guerra civil, intervención extranjera, etc.) que azotaron a Rusia en esos años y se convirtió en el centro de la vida nacional. Sus acciones, que iban a la par de las consignas bolcheviques, pero sin ser las mismas, imprimieron una tónica particular a la nascente historia soviética, arcaizaron la sociedad (mediante la destrucción del capitalismo) y también la ruralizaron. Como bien lo demuestra Lewin es impensable el análisis de la historia soviética sin comprender y tener en cuenta la importancia de la población campesina y de sus formas de organización.

Otro valioso aspecto de esta obra que merece ser resaltado es que en tanto que historia social no reproduce los estereotipos de la mayoría de los investigadores que se han dedicado al problema, quienes han percibido lo social como una emanación de las di-

rectrices gubernamentales (2). Como señalábamos recientemente el trabajo de Lewin demuestra magistralmente que el estudio del tejido social constituye una plataforma para la comprensión de la configuración de la política, del Estado y también de las formas de producción. Es decir, el problema se focaliza en la realidad social misma y de ahí se perciben las otras instancias y esferas.

En este trabajo se sugieren otro tipo de problemáticas que merecen atención y una mayor profundización en el conocimiento. Para Lewin los inicios de la colectivización no fueron el resultado de la simple presión administrativa, sino que fue una especie de "lucha de clases" de los campesinos pobres contra los ricos. Desgraciadamente este tipo de aseveraciones no se profundizan en la obra, pero dan importantes pistas para repensar los inicios del stalinismo, sobre todo en un momento como el actual, cuando con los cambios en curso es menester replantearse cuál ha sido el desarrollo soviético.

Lewin también demuestra que la composición de la sociedad soviética sufrió cambios fundamentales en la década de los treinta. Se aceleró vertiginosamente el proceso de urbanización (como resultado de la industrialización y del crecimiento del aparato administrativo), millones de personas emigraron del campo a la ciudad (¡30 millones entre 1926 y 1939, sin crearse cinturones de miseria!) se

abrieron los canales para la movilidad social principalmente de los sectores pobres y marginados hacia más altas posiciones en la pirámide social. O sea, la década constitutiva del stalinismo fue un período de "revolución social". Posteriormente, en otro libro, teniendo en mente el fenómeno stalinista escribió: "El mundo, desgraciadamente no está al abrigo del despotismo y de la opresión de Estado; pero afortunadamente, ningún Estado ha podido siquiera imaginarse cómo dominar la complejidad de la sociedad humana".

A través de hipótesis que el autor plantea, algunos tópicos de la historia soviética ameritarían una mayor reflexión. En tal sentido, consideramos que una de las más grandes limitantes de la posición asumida por el autor —que en ningún caso le resta valor a la obra— radica en que a través de la crítica al stalinismo (modelo autoritario, personalizado y deformante que habría comprimido al máximo la sociedad para obtener los recursos para la acumulación y erección de una poderosa industria), se aleja del actor social como elemento constitutivo del acontecer político y termina reproduciendo buena parte de las valoraciones de las interpretaciones tradicionales: el stalinismo habría sido un "desvío" propiamente ruso de la modernización; la simple aculturación de algunos sectores de la sociedad no posibilitó que se constituyera una clase de intelectuales para realizar las deseadas

2. El más grande exponente de este tipo de interpretación es E. H. Carr quien creía que el análisis social en las condiciones soviéticas era impensable como resultado de que no existía ninguna clase que pudiese desempeñar el papel dirigente o que dominara la sociedad, lo que conllevó a que el Estado se convirtió en la instancia modeladora de la estructura social. Véase la monumental obra *Historia de la Rusia soviética*, varios tomos, Alianza, Madrid.

transformaciones (atraso versus progreso); la cultura campesina permitió que se reprodujeran hábitos autoritarios (el culto a la personalidad sería una versión moderna del buen zar) (dictadura versus democracia), etc. En otras palabras, la visión occidental de la experiencia soviética le ha impedido ver que el modelo instaurado respondía a condiciones económicas, sociales, políticas y culturales propias de Rusia.

Por esta razón principal inscribimos a Lewin dentro de la corriente "revisionista", pues intenta ser una interpretación al-

ternativa a la escuela "totalitaria" dentro de los paradigmas de la modernización, pero en ningún caso por fuera de ella. Si bien han sido los "revisionistas" precisamente quienes más han aportado en el conocimiento de otros aspectos de la historia soviética, como corriente han entrado últimamente en una fase de crisis. Su percepción de la URSS siempre a la luz de lo que ha sido la experiencia occidental se ha visto en serios aprietos cuando analizan el campo de lo social. El tejido de la sociedad les ayuda a explicar las particularidades societales de Rusia, pero cuando

se llega al "desvío" o sea al stalinismo, uno no entiende por obra de quién el Estado se apodera de la sociedad y reproduce una sangrienta dictadura y la sociedad como elemento dinámico desaparece bajo los tentáculos del Estado. ¿Será que de darse una interpretación social del stalinismo, se correría el riesgo de ejemplificar en el caso de la URSS un curso natural de acumulación y desarrollo diametralmente diferente al Occidental? ¿Será que la metahistoria catalizada por la experiencia occidental podría quedar desvirtuada y por eso dicho enfoque es abandonado?

Hugo Fazio V.



Alan Arias Marín y Ma. Teresa Calderón: *Pensando Pensarla Revolución Francesa...*

Las siguientes notas son un ejercicio de indagación acerca de la virtual utilidad y fecundidad historiográfica de la noción de revolución burguesa. Estas notas se construyen en función del muy debatido trabajo de Francois Furet *Pensar la revolución francesa*.

Como es sabido la revolución francesa constituye el arquetipo fundamental de lo que sería la revolución burguesa, esto es, los procesos de ruptura e innovación que caracterizarían la irrupción y el establecimiento de formas sociales propiamente modernas, estructuradas las actividades productivas en torno al mercado, regidas por una cultura de corte individualista y con unas instituciones políticas y jurídicas correspondientes a la democracia representativa. Para Furet la noción clásica,

predominante en la historiografía de revolución burguesa no tiene un genuino rango conceptual, es más bien una noción que enmascara dos presupuestos sin fundamento: el carácter necesario del evento o acontecimiento histórico revolución francesa, y el de que se trata de una ruptura de épocas.

A su parecer "revolución burguesa" es una especie de punto focal en el que se traslapan los tiempos y se sobreponen todos los niveles de la realidad histórica. Anulación del pasado, constitución del presente y diseño del porvenir, operación reductiva carente de fecundidad explicativa. Consideración de acontecimientos que generan capitalismo en el nivel económico, predominio burgués en el orden social y político y valores ideológicos de clase (1). Operación

1. Cfr. Furet, Francois. *Pensar la Revolución*, págs. 32-33.